

MI POÉTICA SOBRE HUERFANÍA

PRESENTACIÓN

La lírica chilena del siglo veinte no constituye una unidad homogénea que se despliega, mantiene y nutre en los avatares de tendencias y modas, sino varias líneas poéticas que coexisten instaurando, manteniendo o rompiendo cada una de ellas con la tradición preexistente. Así, es posible hablar de una vanguardia que se nutre de las europeas y consagra con Vicente Huidobro, la cual con el paso del tiempo dará origen a las actuales vanguardias. Hay, asimismo, un surrealismo, una poesía lárca, una antipoesía, etc...

Cada una de estas tendencias abre posibilidades de sentido, cada una tiene sus propios rasgos; sin embargo, ninguna es químicamente pura y fielmente idéntica a sí misma. Todas están sometidas a procesos aleatorios nacidos de sus contactos con las diversas concepciones acerca de la naturaleza de lo lírico y del modo concreto de ponerlo en acto.

Entre las varias líneas poéticas que han coexistido en nuestro país hay una poesía que podría denominarse existencial-religiosa. Tal especificación no corresponde a un escritor u obra en particular, sino que se ha mantenido y desplegado a lo largo del tiempo paralelamente a las otras tendencias; en nuestro siglo se hace presente desde Pedro Prado con *El llamado del mundo* (1912) y *Androvar* (1925), por ejemplo, hasta *Por ser vos quien sois* de Armando Uribe publicado en 1990. En esta vertiente se ubican, entre otros, Ángel Cruchaga, Gabriela Mistral, Miguel Arteche, Hugo Montes, José Miguel Ibáñez, Rosa Cruchaga, Joaquín Alliende, Mario Veloso, Jaime Quezada, José María Mermet, etc...

A modo de ejemplo, en Prado: "Para vivir, debemos a cada instante elegir, y para elegir nos vemos obligados a despreciar lo no elegido" (*Androvar*, p. 34). El tener que elegir es el origen de la angustia existencial. En la Mistral, el hombre enfrentado a la muerte, amenazado por la nada, se lanza a la aventura de una posible resurrección como único medio de exorcizar la precaria situación en que está inmerso.

Línea poética conformada por poetas que coinciden en hitos temáticos, que recogen en sus textos la tradición cristiana y la recrean para reconocerse en ella o para negarla. Poetas que dan cabida al silencio cediendo la voz a textos preexistentes, realizando una escritura epigramática; o una que incluye el silencio de la voz y de la escritura por medio de un uso significativo del blanco de la página.

Varios de los escritores existencialistas cristianos reconocen una cierta filiación mistraliana. Así, Arteche, en cuanto poeta y también como estudioso de la literatura. Quezada, que a la pregunta por quehaceres futuros afirma: "Estoy también recopilando materiales sobre la obra de Gabriela Mistral, para un trabajo en profundidad. Pienso que ha llegado el momento de redescubrir la poesía y el pensamiento de Gabriela Mistral, de revalorar su visión latinoamericanista..." (*Revista Chilena de Literatura*, N° 36, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, 1990, p. 138).

También mistraliano si no en lo cristiano, sin duda en su visión existencialista, el poeta Floridor Pérez.

En el intento de proyectar nuevas luces sobre la literatura chilena del siglo veinte, *Revista Chilena de Literatura* ha decidido, cuando sea posible, incorporar a su recién nacida sección "Documentos" algunas reflexiones de los escritores en relación a su quehacer, reflexiones que se constituyen en auténticos contextos de diversas índoles: biográficos, histórico-sociales, culturales, que permitan llenar adecuadamente "vacíos" e "indeterminaciones" de la obra que se entrega abierta al lector para que encuentre su completitud en la conciencia e imaginación lectora. El texto que hoy publicamos pertenece al poeta chileno *Jaime Quezada* (1942), autor de *Poemas de cosas olvidadas* (1965), *Las palabras del fabulador* (1968), *Astrolabio* (1976), *Huerfanías* (1985), 2ª edición (1990) y *Un viaje por Solentiname* (1987).

Ya en 1978 Quezada publica una extensa reflexión sobre su tarea de escritor en *Quién es quién en las Letras Chilenas*, publicada por la Agrupación de Amigos del Libro, y *Revista Chilena de Literatura*, N° 36, 1990: "Conversaciones con el poeta Jaime Quezada", entrevista realizada por Juan Antonio Epple en 1987 en Estados Unidos.

El texto que ahora presentamos añade a las reflexiones aludidas anteriormente la mirada que el autor hace a su libro de madurez: *Huerfanías*, cinco años después de su publicación. Libro que está marcado desde su inicio por la preocupación meta-poética, hecho que se manifiesta en las palabras "Escribo para..." que abren *Huerfanías*. Pero... escuchemos a Jaime Quezada.

ANA MARÍA CUNEO M.
Departamento de Literatura
Universidad de Chile

MI POÉTICA SOBRE *HUERFANÍAS**

Jaime Quezada

Huerfanías, mi cuarto libro de poemas, se publica en Santiago de Chile, en noviembre de 1985. Entre este libro y el anterior —*Astrolabio*, 1976— transcurre exactamente un período de nueve años. Diríamos redondamente una década. Y entre la publicación de *Astrolabio* y *Las palabras del fabulador* (1968), el otro libro anterior mío, han transcurrido ocho años. Digo estas fechas porque tienen para mí una importancia de relación con mi oficio de poeta, con la manera de trabajar, ordenar, mirar un libro, y, en consecuencia, con este parco interés publicante. Soy, pues, un poeta de los que Gonzalo Rojas llamaría larvario: esto es un trabajar lentamente etapa tras etapa. De ahí que, y lo he dicho en otros momentos y es válido también ahora, un poema está en mí mucho tiempo elaborándose y reelaborándose. Trabajo bastante. Seré honesto: corrijo mucho. Sólo quedo tranquilo, y de una tranquilidad que no es tal, cuando he llegado a la palabra en su potencia misma, desprovista de todo adorno: la palabra hueso. Y en su tuétano —no tétano—. Por lo mismo, hay una parquedad y una concisión —no concesión— en mi verso.

No tengo atarantamiento en mi tarea creativa. Ni un afán de entregar a la revista más próxima (qué revista) el más próximo poema. Entonces pasan años y mi nombre no aparece por ninguna parte. Y entonces creen que he dejado de escribir. Y entonces yo también creo que he dejado de escribir.

Huerfanías no escapa a estas características formales o informales, de tratamiento personal, muy en mí respecto de una obra. Y vino a publicarse después de un largo silencio mío, míos. Silencio en la pluralidad de muchos. No es por casualidad ni por capricho (de los muchos caprichos que uno tiene) de autor y/o editor, que los poemas tengan en este libro sus amplios espacios en blanco. La página soporte del texto mismo y parte de él a su vez. Espacios en blanco que cumplen en la página su objetivo directo y simbólico. Tal vez es la mudez —no confundir con tartamudez— de este tiempo era-ira. Tal vez el dolor que no tiene espacio. Tal vez el espacio necesario para completarlo de significaciones algún día. ¿Qué día?

Huerfanía es entonces mi tiempo de destierro interior. Soy yo y mi prójimo y mi hermano (“no tengas sospecha de tu hermano, que perderás la paz del corazón”). Es una vuelta históricamente a una noche oscura, a un pretérito de tinieblas y, a su vez, a un tiempo por —porvenir en sus visiones apocalípticas: “anhelo de historizar el discurso poético y de profetizar la conciencia desdichada de nuestro tiempo”, en la justa y precisa frase referencial de Mario Rodríguez Fernández.

*Texto leído en el *Encuentro de Poesía en el sur de Chile*, realizado en la Universidad Austral de Chile, con el patrocinio del Instituto de Filología Hispánica y Fundación Andes, Valdivia, noviembre de 1989.

De epígrafe a colofón *Huerfanías* tiene su contexto. A la manera de los libros medievales. Porque los poemas mismos se fueron escribiendo en un período de medievalidad. Como si los escribiera en las catacumbas. Y un mundo estallando sobre esas catacumbas. Dice Job en el epígrafe de la página inicial: *Y tomaba una teja para rascarse con ella y estaba sentado en medio de cenizas*. Epígrafe que va a dar el marco de atmósferas interiores a todo el libro y de referencialidades inequívocas. Como cenizas, como mares poblándose diría residencialmente Neruda. El paciente y el sufriente y el piadoso y el resignado Job condenado a vivir en medio de un estercolero de estos años. Personaje bíblico, entonces. Personaje real en el estercolero de estos años. Y el colofón que cierra el libro tiene, a su vez, una referencia a Teresa de Jesús, la monja andariega y fundadora de Ávila del siglo xvi español, con la cual pago mis gratitudes de lecturas fermentales.

Porque *Huerfanías* tiene sus referencias que es necesario decir. Otras voces se incorporan también al poema. Texto de textos. Voces de otros tiempos y de otras literaturas. Si la palabra Dios aparece por todas partes en una cierta religiosidad o mirada cristiana del mundo (el apoyo del salmo, de la referencia bíblica: *con cánticos de liberación me rodearás*, Salmo 32), también otros dioses tutelares míos andan por aquí en un pedir de prestado el verso-otro. "La garganta prestada", en el decir tan orgánico y talar de nuestra Gabriela Mistral. El intertexto, pero no a la manera deliberada de este recurso tan kristevariano, sino de apego a identidades, afinidades, rejuntas de tiempos y espacios y épocas. Las más de las veces este texto de prestado tiene su transposición, dejando en el tintero la palabra original y reemplazándola o invirtiéndola muy ahora. *El salir de mí sin duelo lágrimas corriendo*, es en *Huerfanías*, un salir *con* duelo... No la égloga, en consecuencia, sino la elegía: el tanto llanto, el tanto duelo. Y eso sólo a manera de ejemplo.

Así, del lírico Garcilaso tan clásico del siglo dieciséis al azul nicaragüense de un Rubén Darío. Y de un Juan Ruiz, tan libro de buen amor-humor a un tan poco arcipreste chileno de Alberto Rojas Jiménez. Y de un Rosamel del Valle, que siempre viene en mi ayuda y se queda en mi verso, a un Juan de la Cruz, ese místico-poeta-monje problemático de tanta Llama viva. Quiero decir, entonces, que la intertextualidad se me da como espacio o universo de lengua muy de España, muy de continente de América Latina. La poesía es en mí una gran bebedura en su vaso trasvasijador. He dicho universo, espacio. Pero también tiempo o época. Ya no años, sino en un ir a un tiempo-otro de siglos. Es decir, un retrotiempo. Y para llegar al otro, al que viene: al siglo de mañana. De la ciudad muerta a la ciudad burdel. De la ciudad en tinieblas a la ciudad de Dios. Del manzano en flor al rayo láser. De la bomba de cobalto a la visión del Paraíso.

Huerfanías es, en resumen, un proyecto poético motivado por afanes de naturaleza ecológica e histórica. Esa naturaleza habitada o deshabitada por el hombre (*cardos secos, tierra seca, sin una flor*). Y el hombre en sus historicidades y contingencias (*hace tiempo fui borrado de los registros ciudadanos*). Un ir a la crónica, al testimonio, al dato referencial de fechas, años, períodos, eras: la memoria es la recreación de la memoria: la memoria histórica. El cometa Halley puede ser, es, un ejemplo. En fin, lo historicista, lo religioso, lo familiar, la naturaleza ecológica en las orfandades de este Job que cree sobrevivir a la hecatombe.

Sobre todo en esas *Huerfanías* andan los desgarramientos del ser humano. Un proyecto de testimoniar mis orfandades, mis contingencias y mis significaciones.

Cuando la libertad es no libertad y se baja al fondo de la Torre: muerto de lengua entre lenguas muertas. Importa, hasta el cansancio, el espacio y el tiempo —ya mítico, ya utópico, ya real— en épocas remotas y en visiones apocalípticas, en realidades inmediatas y en herejías medievales o adámicas.

Universidad Austral de Chile
Isla Teja, Valdivia, noviembre, 1989